



y me descubrí siendo
tan solo un expropiado
por utilidad pública, como un cisne encerrado
en su pequeño lago!
¡Y cómo me crecían las espigas
entre las manos! ¡Y cómo me guiaban
sin saber quién ni a dónde!
Y yo, que apenas era un niño, tenía
tantas almas colgadas de mis manos
que ni un gigante hubiera
podido levantarlas. Y llevaba
carbones encendidos en la boca
y no eran mías mis palabras,
ni mío mi corazón.
Pero aquellas palabras alquiladas
y mi prestado corazón caían rebotando
de alma en alma e iluminaban
sin que yo tuviera
aquella luz que a los demás cedía.
La fuente fría de Dios transcurría
dentro de mí, mientras yo estaba seco
y mis labios apenas conocían
la frescura de Dios que regalaban.
¡Ah, cómo me envolvía el misterio!
¡Qué pequeño y enorme el fruto de mis manos!
¡Qué oscura noche ceñía mis costados
mientras yo daba luz salida no sé de dónde!
Ahora ya sé bien que nada hice
que fuera mío. Que donde yo ponía
pan o vino, o mi cansancio y mis palabras,
Alguien lo convertía en carne y sangre,
cual si también yo mismo estuviera
consagrado.
Y que yo no sabría jamás
quién bendecía cuando yo bendecía
y que mi voz también amanecía en otros
aunque era noche en mí.
¡Oh, noche que guiaste

cada día mis pasos y que ahora
me sigues sosteniendo en el cansancio,
noche que multiplicas mi diminuto amor,
noche que alumbras mi paso vacilante hacia el final!
Déjame bendecirte con mis manos atadas
que te suplican:
Sigue, sigue,
río de Dios, lamiendo
mis reseca orillas;
sigue tú sosteniendo estos tartamudeos
que nada dicen sino lo que tú dices
a través de mis labios asombrados;
sigue, pan, floreciendo entre mis dedos
hasta que un día duerman, por fin, mis huesos
mientras tú sigues
hablando a mis hermanos
a través de mi última, definitiva, noche.

—José Luis Martín Descalzo—

Si el encuentro se hace en grupo, se invita a los sacerdotes a compartir su poema.

Se termina con una oración.



CATEQUESIS PARA SACERDOTES

Objetivos

- Reflexionar, a ser posible en grupo (edad, arciprestazgo, vicaría...), sobre su propia vocación y ministerio.
- Dejarse interpelar por el mensaje que dirigimos a nuestros fieles en el día del seminario.
- Tomar el pulso, una concluido el Año Sacerdotal, sobre lo que nos ha dejado, lo que nos ha ayudado a profundizar sobre mi identidad sacerdotal.

Se propone una guía, aunque también se pueden utilizar los subsidios de la carpeta, especialmente la *lectio divina*.

1. Florilegio de textos

Proponemos como punto de partida una serie de textos elegidos para ponernos en sintonía. De una u otra manera desarrollan y profundizan la idea del lema de este año: «Sacerdote, regalo de Dios para el mundo».

«El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión

universal y amplísima de salvación hasta los confines del mundo, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los apóstoles» (Presbyterorum ordinis, 10).

«Si el Año Sacerdotal hubiera sido una glorificación de nuestros logros humanos personales, habría sido destruido por estos hechos. Pero, para nosotros, se trataba precisamente de lo contrario, de sentirnos agradecidos por el don de Dios, un don que se lleva en “vasijas de barro”, y que una y otra vez, a través de toda la debilidad humana, hace visible su amor en el mundo. Así, consideramos lo ocurrido como una tarea de purificación, un quehacer que nos acompaña hacia el futuro y que nos hace reconocer y amar más aún el gran don de Dios. De este modo, el don se convierte en el compromiso de responder al valor y la humildad de Dios con nuestro valor y nuestra humildad.

Como sacerdotes, queremos ser personas que, en comunión con su amor por los hombres, cuidemos de ellos, les hagamos experimentar en lo concreto esta atención de Dios. Y, por lo que se refiere al ámbito que se le confía, el sacerdote, junto con el Señor, debería poder decir: “Yo conozco mis ovejas y ellas me conocen”. “Conocer”, en el sentido de la Sagrada Escritura, nunca es solamente un saber exterior, igual que se conoce el número telefónico de una persona. “Conocer” significa estar interiormente cerca del otro. Quererle. Nosotros deberíamos tratar de “conocer” a los hombres de parte de Dios y con vistas a Dios; deberíamos tratar de caminar con ellos en la vía de la amistad de Dios» (Benedicto XVI, homilía del 11 de junio 2010).

«El sacerdote es un don del Corazón de Cristo: un don para la Iglesia y para el mundo. Del Corazón del Hijo de Dios, desbordante de caridad, proceden todos los bienes de la Iglesia, y en él tiene su origen la vocación de esos hombres que, conquistados por el Señor Jesús, lo dejan todo para dedicarse totalmente al servicio del pueblo cristiano, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor. El sacerdote queda plasmado por la misma caridad de Cristo, por ese amor que le llevó a dar la vida por sus amigos y a perdonar a sus enemigos. Por este motivo, los sacerdotes son los primeros obreros de la civilización del amor» (Benedicto XVI, Ángelus del 13 de junio de 2010).

«También ahora hay mucha gente que, de una u otra forma, piensa que el sacerdocio católico no es una “profesión” con futuro, sino que pertenece más bien al pasado. Vosotros, queridos amigos, habéis decidido entrar en el seminario y, por tanto, os habéis puesto en camino hacia el ministerio sacerdotal en la Iglesia católica, en contra de estas objeciones y opiniones. Habéis hecho bien. Porque los hombres, también en la época del dominio tecnológico del mundo y de la globalización, seguirán teniendo necesidad de Dios, del Dios manifestado en Jesucristo y que nos reúne en la Iglesia universal, para aprender con Él y por medio de Él la vida verdadera, y tener presentes y operativos los criterios de una humanidad verdadera. Donde el hombre ya no percibe a Dios, la vida se queda vacía; todo es insuficiente. El hombre busca después refugio en el alcohol o en la violencia, que cada vez amenaza más a la juventud. Dios está vivo. Nos ha creado y, por tanto, nos conoce a todos. Es tan grande que tiene tiempo para nuestras pequeñas cosas: “Hasta los pelos de vuestra cabeza están contados”. Dios está vivo, y necesita hombres que vivan para Él y que lo lleven a los demás. Sí, tiene sentido ser sacerdote: el mundo, mientras exista, necesita sacerdotes y pastores, hoy, mañana y siempre» (Benedicto XVI, Carta a los seminaristas, 18 de octubre 2010).

2. Preguntas para la reflexión personal o en grupo

- ¿Cómo has vivido el Año Sacerdotal? ¿En qué sentido te ayudó?
- ¿Qué redescubriste en tu ser sacerdote?
- ¿En qué sentido te ha hecho crecer?
- ¿Qué ha quedado del Año Sacerdotal?
- ¿Cómo vives el regalo del sacerdocio?
- ¿Qué experiencias tienes de frustración, cansancio, desánimo? ¿Cómo intentas afrontarlas?
- Como sacerdote, ¿qué aportas al mundo y al hombre de hoy?
- ¿Cómo lo reciben?
- ¿Te sientes regalo de Dios para el mundo?
- ¿Qué es lo que más te llena de tu ministerio?
- ¿Te sientes orgulloso de ser sacerdote?

3. Mi apellido: sacerdote

Lee el poema «Aunque es de noche» del sacerdote José Luis Martín Descalzo y déjate interpelar. Imagínate que tú también te enfrentas a la muerte debido a una enfermedad grave. Intenta escribir tu propio poema u oración expresando cómo vives y cómo has querido vivir tu sacerdocio.

4. Aunque es de noche

Poned sobre mi tumba mi nombre.
Y mi apellido: sacerdote.
Y nada más.
Porque jamás he sido
ni querido ser
otra cosa.
Cuidad de que mis manos queden libres
o atadas por la cinta
de mi ordenación.
Y nada más.
Procurad que mis ojos permanezcan
bien abiertos,
asombrados
aún de tanto amor
como me dieron en un lejano día
de San José.
Y decidle a la gente
que perdone,
si tantas, tantas veces me ahorré
yo, que era para ser repartido
como el pan que brotaba
de mis manos.
Explicadles que hubiera
deseado ser transparente para todos
yo, que sabía bien en dónde estaba
la fresca fuente fría de la que mana Dios.
Atrapado por Él en la lejana
jaula de mis veintidós años
¡cuántas veces quise ser otras cosas